

nos comprenden, asegura bellamente: «Se busca a España para bandera y novia, para antorcha y madrina, para espejo y abrigo...» América quiere a España. Su corazón y su alma siguen siendo españoles. Ciento once años de existencia libre, de vida abierta a todo esfuerzo y a toda idealidad, un siglo de evolución continua e intensa no fue obstáculo insalvable para testimoniar nuestro cariño a la progenitora de veinte naciones libres y orgullosas, no logró apartarnos de su amor.

Porque América—digámoslo con el dios Darío:

«Aún reza a Jesucristo y aún habla en español.»

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Argentino.

(De *Cultura Hispanoamericana*).

PALABRAS ANTIGUAS PARA IDEAS NUEVAS

Muchas son las prerrogativas que Dios concedió a la Iglesia; una de ellas es la de embellecer cuanto toca; por eso ennobleció el arte con ideales más altos, y si se sirvió en sus primeros días del idioma griego como lengua oficial, necesitó modificarlo. Así como el Papa S. Bonifacio IV consagró a los mártires el Panteón, pero transformándolo de adoratorio pagano en santuario, poniendo en vez de la lasciva Afrodita y del degradante Baco la imagen de la dulcísima Reina de la belleza, virgen y madre, y las de los santos que observaron la severa moral cristiana en vez de los símbolos del culto de los vicios, eso mismo hizo la Iglesia con el idioma, porque necesitó expresar ideas nunca oídas con palabras paganas cuyo sentido tuvo que cambiar.

Así, por ejemplo, el lugar donde los paganos dejaban los cadáveres se llamó necrópolis (ciudad de los muertos); el cristianismo que no vio en la muerte el fin

de la vida, no pudo llamar así el lugar donde saben que esperan la resurrección los cuerpos de sus hijos y lo llamó dormitorio (*cementerio*), porque allí oirán la voz que los despierte para acudir al llamamiento que les haga Cristo amoroso a darles lo que tiene preparado a los suyos, y para glorificar los que fueron en vida templos de su espíritu y se unieron por la comunión con su cuerpo que es prenda de inmortalidad. Por eso san Pablo en vez de decir: los que murieron, dice: «los que duermen en Cristo.» Nos separamos con la muerte de los seres queridos solamente como nos despedimos de ellos por la noche para entregarnos al descanso del sueño.

El que en un juicio servía de testigo o el que atestiguaba un hecho en cualquier forma, era llamado en griego clásico *mártir*, palabra que no entrañaba la idea de sufrimiento sino sólo decía lo que la nuestra, *testigo*. Y así llamó la Iglesia a los que ante los jueces daban testimonio de Jesucristo. Si en todo juicio hace prueba el que dos o tres atestigüen lo mismo, como enseña el evangelio y lo estipulan todas las legislaciones, queda la verdad católica probada por esos millones de *testigos* en los que no había aliciente para mentir y cuya afirmación debía costarles sus bienes, su honra y su sangre. Y qué testimonio era aquél! nada menos que *martirio*; y hecha la testificación, tocaba a la muerte, que los hacía inmortales, firmar las actas con sangre.

Los espíritus celestiales fueron conocidos por los mensajes que traían de Dios y por eso los escritores sagrados griegos, tanto los Setenta como los Evangelistas, los llaman mensajeros o enviados (en griego se dice *ángeles*) nombre más de su oficio que de su naturaleza y que la Iglesia en su uso consagró para significar con él no a cualquier enviado sino a esos espíritus, nuestros

bienhechores y consiervos de cuya felicidad hemos de participar.

Compuesta de ésta hay otra palabra que sufrió mayor cambio. Una fausta noticia se llamaba *evangelio*, y también ese nombre se daba a la propina que era costumbre dar al que la anunciaba, y al sacrificio que en tales casos se ofrecía a los dioses bienhechores. San Pablo, con el fogoso entusiasmo que lo distingue, llama a la predicación cristiana, la *feliz noticia*, por tratarse de la regeneración del mundo. Tal vez esté tomada esta palabra de lo que cuenta san Lucas que dijeron los ángeles a los pastores de Belén: «Os evangelizamos una gran dicha» y como eso fue lo que los apóstoles después hicieron en todo el mundo, por ser el mismo, el oficio fue la misma palabra.

Durante los primeros siglos se vieron los cristianos obligados a ocultar tanto sus personas como sus dogmas, para que la malicia de los paganos no llevara a los unos a la muerte y entregara los otros a la burla. Esta costumbre se llamó *disciplina del sigilo*, y se cumplió de tal modo que los paganos no imaginaron la creencia cristiana de la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento sino mucho tiempo después de establecida la Iglesia en Roma, y sólo de una manera vaga e imprecisa, porque al sacrificio y después al sacramento lo llamaron *acción de gracias* (en griego *eucaristía*), y se le puso este nombre no sólo para ocultar el misterio, sino porque al instituirlo Jesucristo dio gracias al Padre, y porque uno de los fines del sacrificio es el de dar gracias, y esta palabra se conservó cuando la Iglesia salió de la oscuridad de las catacumbas al puesto de gloria que debía ocupar en el mundo.

El espíritu de fraternidad, que tanto recomendaba Jesucristo, hizo que los primeros cristianos fueran, como cuenta san Lucas, «un solo corazón y una sola alma»

y que las sociedades cristianas constituyeran verdaderas familias, que se llamaron *parroquias* (habitaciones cercanas o juntas) y al sacerdote encargado de atender a una porción del rebaño del buen Pastor se llamó *párroco*, palabra que no tiene el mismo origen que parroquia, sino significa procurador, servidor. Nada de extraño tiene que en la Iglesia el título oficial del que tiene jurisdicción inmediata sea el de *servidor* (*párroco*), como el del Sumo Pontífice es «siervo de los siervos de Dios» porque Jesucristo enseñó: «el que sea mayor entre vosotros sea el servidor de los demás.» Es la iglesia parroquial como la casa paterna de la familia cristiana, nido de paz, fuente de consuelo, símbolo de esperanza, donde comienza, se fortifica y se sostiene nuestra vida espiritual hasta que sus campanas lloren nuestra ausencia de entre los vivientes.

Iglesia significa convocación. Se llamaron así primeramente las reuniones de los fieles, pero después este nombre se aplicó a las comunidades cristianas de cada lugar y por último pasó a significar la Iglesia universal, que es una verdadera reunión de todos en una misma fe y moral. Le conviene este nombre con toda propiedad por razón de su oficio, porque tiene la misión de *convocar* a los hombres de todos los tiempos y pueblos al festín del Padre de la parábola, y debe ir de siglo en siglo tras las ovejas descarriadas y *llamarlas*, y para eso le dio su Fundador la inmortalidad, y la hizo infalible para que la voz de sus llamamientos no sea sino el eco de la del buen Pastor.

Malediciente o calumniador se dice en griego con un adjetivo que la Iglesia sustantivó para denominar a una sola persona, y quedó su significación restringida al mentiroso por excelencia, padre de la mentira, engañador de Eva: el *diablo*,

Los genios mitológicos inferiores a los dioses eran llamados *demonios*, y en el lenguaje cristiano se puso ese nombre no a todo ser espiritual supraterráneo, sino a los espíritus malos, como hizo Milton que puso a cada

uno de los ángeles malos el nombre de un dios o genio de la gentilidad.

Misterio era un lugar secreto de los templos antiguos, y también las ceremonias que en esos lugares se hacían, a las que no podían asistir sino los iniciados; y en el lenguaje católico pasó a significar una verdad conocida por revelación, que no se puede alcanzar por la razón.

Es muy curiosa la etimología de esta palabra: puede estar formada por la raíz del verbo griego *cerrar* y la terminación sustantiva que significa lugar, como en presbiterio, monasterio, dicasterio (lugar de los presbíteros, de los monjes, de los jueces), o de la palabra *ratón* con la terminación de que tratamos y entonces su significación primitiva fue *cueva de ratón* que luégo se convirtió en la de lugar oculto y por último en la de cosa desconocida.

Hay otras muchísimas palabras que sufrieron modificaciones semejantes y que omitimos por no hacer demasiado pesado este estudio, como *biblia*—libritos, que significa el libro por excelencia; Cristo el ungido; clero,—tejuelas con que se echaban suertes, o herencia y pasó a significar los que tienen por herencia al Señor o son su herencia, como dice san Jerónimo, o porque al primero que fue san Matías lo eligieron los apóstoles echando suertes, dice san Agustín. Neófito,—recién plantado; obispo superintendente, el que todo lo ve, vigilante; presbítero—anciano; basílica—lugar regio; asceta—el que practica; cátedra—silla, de donde catedral es la iglesia en que enseña el obispo o tiene su trono, etc., etc.

La Iglesia para pagar al idioma griego el servicio que le prestó de servirle de primera lengua oficial, lo enriqueció con nuevos conceptos, lo embelleció, y le concedió que muchas de sus palabras por el hecho de pertenecer a sus tesoros participaran de la inmortalidad de que, sola en el mundo, goza la Iglesia.

JOSÉ EUSEBIO RICAURTE, Pbro.
M. A. del Colegio.